

## EL HIJO DEL VAMPIRO

Aquel vuelo cruzaba veloz sobre el Bósforo; su destino: Estambul. Procedía de Sofía, Bulgaria, y la mayoría de sus pasajeros eran de origen balcánico. Muchos viajaban con fines de negocios y trabajo. Sólo dos turistas parecían hacer aquel viaje por el puro placer de hacerlo; se trataba de un padre y su hijo, respectivamente: Todor y Boris Malienkov. El más joven de los Malienkov era extremadamente bello (sí es que la belleza viril permite ser así nominada). Su tez blanca, muy pálida, los labios tan rojos, y las cejas muy negras, muy espesas y arqueadas, daban a su semblante el aire de algún príncipe sacado de un cuento bizantino.

Pero sus ojos... no hay nada que pueda describirlos; sólo que al abrirlos semejaban dos trozos de turmalina negra: brillante, pulida, acerada. Aquel muchacho no aparentaba más de veinte años, y despertó, sobresaltado, por la resequedad casi absoluta de su boca.

-Todor... tengo sed.

El padre se volvió inquieto en su asiento.

-Tranquilo, pronto llegaremos, Boris.

Sin embargo, su desasosiego no se calmó hasta tocar tierra.

Recorrieron Turquía y otros países islámicos. Con placer proyectaron el viaje de retorno: Las Cycladas, Tirana, Durazzo, Varsovia, Riga, y seguirían subiendo hasta la propia San Petersburgo.

Una noche, haciendo parada en Bucarest, Boris quiso paladear el gusto de caminar por aquellas calles que le traían tantos buenos recuerdos.

-Ten cuidado, Boris, esta ciudad no es lo que solía ser antes ¿No preferirías salir durante el día?

-No...Además, Todor, puedo defenderme por mí mismo. No lo olvides.

-Está bien, pero si no puedo evitar que salgas, permíteme exhortarte a que regreses temprano.

-Hum... bueno, estaré aquí antes del amanecer. Lo prometo.

Y salió con un beso de Todor en la frente.

Horas más tarde, aún de madrugada, Boris regresó a la suite del “*Salmodian Hotel*” que compartía con su padre.

Una sorpresa desagradable le esperaba en la terraza. Cerca de la chaise-longue, donde Todor solía echarse para leer, había un libro abierto de Savater. El lector, en el suelo, yacía inconsciente y mostraba claros signos de haber sido atacado mientras leía.

Pero el agresor continuaba allí; jadeando ronco, cerca de aquel cuello rosado, permanecía inclinada una criatura de la noche: Un vampiro.

Los vampiros, en su ser natural, todos lo saben, son de una visión pavorosa. Aquel, desde lejos vio a la débil víctima leyendo tranquilamente en la terraza, y quiso convertirlo en su “cena”.

Con total dominio de sí, desplegando un aplomo sobrenatural, Boris le gritó a aquella cosa:

-¡Suelta a **MI HIJO**, imbécil!

El hocico, abierto y babeante, se volvió furibundo:

-¿Cómo osas enfrentarte a mí, mortal?

-¡Cómo!, ¿no me reconoces?; soy **IOANNES POPESCU**, el príncipe de los vampiros terrestres, y por derecho tu amo y señor.

Aquellas palabras mutaron la fisonomía de la criatura infernal, parecía ahora una alimaña asustadiza y cobarde.

-¡Piedad, maestro, piedad!

-No esperes clemencia, maldito. Has tocado a alguien que te era sagrado. Acabarás aquí tu miserable existencia...

Al decir aquello, Boris se transformó en un dragón de tres cabezas, que, a dentelladas, destrozaron a su congénere en pocos segundos.

Cuando todo acabó, Boris se acercó con ternura hacia Todor, palpándolo por si estaba herido. El cabello castaño y las sienes plateadas, le recordaron que su Todor tenía ya cincuenta años. En un momento, también recordó como lo conoció.

Apenas era un bebé con pocos días de nacido; aquel oficial serbio había acabado con toda su familia, Ioannes, ahora Boris, quien pasaba por ese pueblito de Bosnia por casualidad, lo encontró llorando bajo unos escombros.

El primer impulso que tuvo fue, naturalmente, el de beber aquella fresca sangre, pero la ternura que le inspiró humano tan pequeño, e indefenso, lo llevó a salvarlo, escondiéndolo en su capa y llevándolo consigo en sus múltiples viajes.

De los cuatrocientos años que llevaba vagando sobre la Tierra, Todor había sido su único lazo afectivo con los mortales. Por primera vez conocía de cerca como vivían y pensaban sus presas naturales.

La separación era inminente...Todor algún día moriría como mueren los humanos; le amaba demasiado para hacerlo inmortal como él. Pensó:

-“Sufriré cuando ya no estés a mi lado, pero no me quejo. Me has hecho conocer el amor, y desde entonces soy dueño de una felicidad desconocida; es paradójico, el lobo seducido por el suave vellón de la oveja”.

En eso, su hijo volvió en si y le contó sobre el ataque del cual había sido víctima.

-No te preocupes, cariño; ya tuve oportunidad de encargarme, personalmente, de tu agresor.

Dijo aquello y su sonrisa se curvó siniestra. Sus labios rojos se abrieron para dar paso a unos largos colmillos que deformaban su dentadura.

Todor guardó silencio y nada dijo. El hijo de un vampiro sabe cuando callar, y cuando no hacer preguntas indiscretas sobre métodos poco ortodoxos para resolver problemas...